

ROBLES, Fernando,
1981 "Xelha, un proyecto de investigación", *Congreso Interno*,
1979, CRS-INAH, Mérida.

VILLELA F., Samuel L.
"Economía y modo de producción entre los mayas prehispánicos": *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*:3-19, Año, 15, jul-ago 1987, no. 85.

VILLELA F., Samuel L. y Don Vilorio B.
1988 "La antropología económica", *La antropología en México (Panorama histórico)*, t. 4:385-414, INAH, México.

LAS PERIODIZACIONES MARXISTAS DE LA HISTORIA MESOAMERICANA

Leonardo López Luján*

En un artículo publicado en 1986, Manuel Gándara, Fernando López e Ignacio Rodríguez afirman que en nuestro país no existe algo que pudiera denominarse "arqueología marxista", sino únicamente trabajos influidos en mayor o menor medida por el marxismo. De acuerdo con este planteamiento, en México han proliferado los estudios que utilizan la jerga propia del materialismo histórico y las referencias a los clásicos de esta teoría "como parte sólo de una declaración de principios—en el prólogo o en las conclusiones— sin que la teoría marxista tenga un papel importante en la investigación" (*ibidem*: 8).

Según argumentan, para definirse como "marxistas", los trabajos arqueológicos deberían respetar íntegramente un programa consistente en tres aspectos básicos: el filosófico, el sustantivo y el político. En esta forma, dichos autores sostienen que los estudios que se precien de pertenecer a esta corriente: *a*) tienen que ser congruentes con sus principios filosóficos (teoría del conocimiento, ontología y metodología); *b*) deben ser planeados y realizados bajo un programa que trate de solventar aquellos problemas que se consideran fundamentales para el marxismo, o aquellos cuestionamientos hechos desde otras corrientes teóricas a los que el investigador marxista quiera ofrecer una nueva explicación, y *c*) es indispensable que estén inscritos—directa o indirectamente— en un proyecto estratégico de lucha política (*ibidem*: 8-9). En resumidas cuentas, Gándara, López y Rodríguez consideran que en cualquier trabajo materialista histórico es ne-

* Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

cesario respetar la integridad de esa posición teórica y tener una práctica basada en un proyecto de investigación consecuente.

Si bien el definir un trabajo como "plenamente marxista" resulta hoy día una tarea muy aventurada, no deben desconocerse los esfuerzos que han realizado los arqueólogos y antropólogos mexicanos durante las cuatro últimas décadas, los cuales manifiestan diversos grados de influencia de la obra de Marx. No obstante que los estudios de corte marxista en arqueología sean mínimos y aislados, y que esta tendencia sea minoritaria, cuando menos contamos con algunas investigaciones de carácter muy general. Así por ejemplo, en lo que respecta a las periodizaciones de la historia mesoamericana —objeto del presente trabajo—, existe media docena de esquemas de innegable carácter materialista histórico. Lo que me propongo a continuación es realizar una reseña y una confrontación de los modelos del desarrollo de las sociedades mesoamericanas ofrecidos por los arqueólogos influidos por el marxismo durante el presente siglo.

Las periodizaciones como instrumento de comprensión histórica

Desde siempre, los estudiosos del pasado se han valido de la división de la historia en épocas o períodos como un inestimable instrumento para la comprensión del desarrollo social. Como es bien sabido, toda periodización es un modelo sintético de la transformación histórica y cuenta —de manera implícita o explícita— con un criterio de clasificación de las sociedades que se hace resaltar por encima de los demás. La elección de dicho criterio es consecuencia directa de una forma particular de concebir la historia.

En lo que respecta a la evolución mesoamericana, encontramos un rico y variado acervo de periodizaciones que han pretendido simplificar y parcelar el desarrollo de las sociedades precortesianas. El problema principal de que adolecen la mayor parte de dichas periodizaciones se deriva de su falta de congruencia taxonómica. En efecto, no se presentan en algunas de ellas criterios coherentes y uniformes para la división del tiempo. Así por ejemplo, la variedad de conceptos usados para designar los diversos horizontes arqueológicos mesoamericanos refleja, en cierta forma, la dificultad de hallar términos generales adecua-

dos. En las periodizaciones más conocidas y utilizadas se confunden criterios de clasificación tan disímiles como lo son la base de subsistencia, el grado de centralización del poder, la importancia del aparato bélico, el patrón de asentamiento y el grado de "perfección" de las manifestaciones artísticas (Nalda 1981:48-55; Olivé 1985:86).

No obstante, desde la introducción de la teoría marxista a los ámbitos antropológicos nacionales, se ha intentado —no siempre con éxito— dar una solución a esta falta de congruencia taxonómica. Los autores marxistas coinciden en afirmar que la clasificación de las sociedades desde una perspectiva diacrónica debe estar basada en la lógica de la homogeneidad de criterios, en el uso del concepto "modo de producción". Roger Bartra (1964:42) opina a este respecto que:

La periodificación marxista plantea la clasificación en función de las características de las relaciones que se establecen entre los hombres durante el proceso de producción de bienes materiales. Si bien se considera que son las relaciones de producción las que dan su carácter a las diferentes épocas de la historia, es el desarrollo de las fuerzas productivas el que motiva el paso de las sociedades de una etapa a otra...

A juicio de Bartra, los límites de los grandes períodos de desarrollo de la humanidad deben ser marcados de acuerdo a los cambios cualitativos de las formas sociales de la producción; es decir, de la calidad de las relaciones de producción y de la magnitud de las fuerzas productivas (*ibidem*). En la concepción marxista, todas las prácticas sociales implican relaciones de tipo dialéctico; el desarrollo histórico se deriva de la unidad de contrarios. Bajo el sistema social perceptible subyacen relaciones antagónicas que se hacen compatibles y generan el cambio. Las principales contradicciones son las que existen entre los intereses de los grupos sociales, y entre las fuerzas y las relaciones de producción.

Desde esta perspectiva, los estudios de los modos de producción y las formaciones socioeconómicas coadyuvan a aproximarse a la realidad histórica y a su posterior división en períodos. En consecuencia, puede afirmarse que la arqueología marxista no estudia cúmulos de rasgos culturales anárquicamente relacionados, sino a las sociedades en su conjunto, tanto su estructura como su dinámica y causalidad de transformación.

Julio César Olivé (1985:107-108) apunta que el perfeccionamiento del marco teórico del marxismo en los últimos años ha permitido diferenciar "el proceso de formación socioeconómica de Mesoamérica y las formaciones sociales en las que se manifestó concretamente ese proceso."

El gran problema de las periodizaciones marxistas reside en que los indicadores arqueológicos de la mayor parte del desarrollo cultural mesoamericano limitan la información a aspectos muy reducidos de la totalidad, principalmente de carácter tecnológico. La reconstrucción de la globalidad social a partir del conocimiento que proporcionan dichos indicadores es demasiado conjetural, lo que —en caso de que se tenga información muy fragmentaria— resta seriedad científica a una clasificación que tome como base el modo de producción. Por lo tanto, el reto reside en mejorar teórica, metodológica y técnicamente el quehacer arqueológico, con el fin de desarrollar indicadores que enlacen el dato empírico con la categoría.

Las periodizaciones de Mesoamérica

Con fines operativos he dividido el desarrollo de las periodizaciones marxistas de la historia mesoamericana en cuatro etapas, siguiendo los criterios de Gándara, López y Rodríguez (1985:9). La primera de ellas puede considerarse como la de los precursores e introductores de la teoría marxiana a nuestro país. Este momento se sitúa antes de los años cuarenta. De los años cuarenta hasta los sesenta se da un segundo momento caracterizado por la irrupción de los enfoques childeanos que consideran a la arqueología como una ciencia social, y por el marcado interés en el estudio de la llamada "sociedad hidráulica". La siguiente etapa, de mediados de los sesenta a principios de los setenta, fue marcado por el movimiento político del 68. Finalmente, la última etapa va de la mitad de la década de los setenta hasta nuestros días, lapso en el cual se consolida el materialismo histórico en la arqueología mexicana y se publican los primeros frutos acabados de dicha influencia.

De acuerdo con este esquema, serán examinadas las periodizaciones de Miguel Othón de Mendizábal, Pedro Armillas, Julio César Olivé, Eduardo Matos, Enrique Nalda, y de Felipe Bate, Eduardo Matos y Lenin Ortiz. No faltará quien ante este listado

se muestre escéptico y no concuerde en algún punto con mi criterio de selección de los investigadores enunciados. No puedo negar la dificultad que implica hacer juicios acerca de la obra de estudiosos que aún viven. Lo que me resulta evidente es que, en diverso grado, las periodizaciones que se expondrán tienen elementos conceptuales de origen materialista histórico, y que sus autores se han definido a sí mismos como miembros de esta corriente. Queda al lector la interesante tarea de evaluar cada uno de estos esfuerzos taxonómicos de la historia mesoamericana.

1) Primera etapa: los precursores

En las décadas de los años veinte y treinta, Mendizábal, Chávez Orozco y Mancisidor contribuyen de manera decisiva a la difusión del materialismo histórico en los círculos académicos de México. En el campo de la arqueología, la obra de Miguel Othón de Mendizábal se contrapone al, entonces en boga, estudio de las obras artísticas monumentales y de la creación de "historias culturales" que se limitaba a secuencias cerámicas.

Mendizábal, a través de sus escritos, subraya la importancia fundamental de la esfera económica como motor del desarrollo social. Para él, la economía y los condicionantes externos de la actividad humana (hábitat y medio ecológico), son la explicación central de los procesos históricos (Matos 1979a:16-17).

En sus estudios, Mendizábal afirma de manera novedosa que, gracias a los perfiles estratigráficos definidos tras el trabajo arqueológico, puede inferirse cuán grande fue la transformación de las sociedades prehispánicas a lo largo del tiempo y evitar concebirlas como lo hacían sus contemporáneos, es decir, como sociedades estáticas. Con esa intención ofrece un concepto sintético y provisional de la evolución de las culturas indígenas. Dicho concepto se basa en el cambio de los géneros de vida, los regímenes alimenticios, la tecnología y la organización social. Así, establece una división cronológica de la historia prehispánica que comprenda tres periodos:

Hombre prehistórico

Cultivadores

Culturas americanas

a) *El hombre prehistórico*. A este respecto, Mendizábal duda de la existencia de un hombre de cultura paleolítica cuyos restos estén asociados a fauna pleistocénica. Opina que los vestigios más antiguos en América son plenamente neolíticos.

b) *Los cultivadores*. Para este autor, el origen del maíz es el acontecimiento más importante de la prehistoria americana. Lo califica como "verdadera conquista económica".

c) *Las culturas americanas*. A partir del estudio de la cerámica es posible discernir la existencia de diversas culturas sedentarias en el México prehispánico. Entre ellas destacan la arcaica, la teotihuacana y la azteca (1946, III:119-126).

Mendizábal concibe la existencia de cuatro tipos de culturas que se corresponden con horizontes homogéneos. El régimen de producción de cada tipo variaba de acuerdo al desarrollo cultural y a la organización social. Llama *arcaico* al primer tipo. Al parecer, los grupos arcaicos provenían del sur de México y habitaron principalmente el occidente. Se caracterizaban por una forma de vida sedentaria en aldeas; por el cultivo con bastón plantador; por la crianza de animales domésticos; por la caza y la pesca eventuales, y por la organización en clanes totémicos (*ibidem*: 133).

El segundo tipo cultural lo constituían las *tribus nahuas* —originarias del norte—, las cuales estaban divididas en clanes guiados por sacerdotes-caudillos. Dichas tribus eran agricultoras y practicaban una propiedad comunal de la tierra, pero con usufructo privado. Mendizábal afirma que los nahuas contaban con una organización política y religiosa que implicaba una fuerte carga económica. Construyeron grandes templos para el culto de dioses que materializaban los elementos de la naturaleza y las actividades de la vida cotidiana.

El tercer tipo de cultura, las *hordas chichimecas*, vivía más al norte, llegando por el sur a los actuales estados de Guanajuato, Querétaro e Hidalgo. Los chichimecas se dedicaban a la caza y a la recolección estacional y complementaban su dieta con los productos agrícolas que robaban a sus vecinos. En general, su tecnología era precaria. Su organización era patriarcal y el trabajo se dividía de acuerdo a criterios de sexo y edad. El gobierno estaba en manos de caudillos guerreros con funciones militares, los cuales no obtenían beneficios económicos de estas tareas. Los chichimecas rendían culto a Sol (*ibidem*: 135-137).

El desarrollo del México precortesiano, desde la perspectiva de Mendizábal, siguió una secuencia en la que se manifestó un gran corte: las sociedades recolectoras-cazadoras y cultivadoras igualitarias (*arcaica, tribus nahuas y hordas chichimecas*) fueron sucedidas por las culturas clasistas. Este cambio se debió a la concentración de la autoridad en incipientes instituciones religiosas o militares que exigían parte de la fuerza de trabajo comunal. Así surgieron las primeras naciones conquistadoras pluriétnicas con una enorme desigualdad social.

El último tipo cultural es producto del choque de las tribus nahuas y las hordas chichimecas con los grupos arcaicos. De este choque se derivaron un marcado aumento demográfico y un intenso intercambio, que a la postre produjeron la división del trabajo y los primeros complejos culturales. Entonces, los chichimecas se tornaron en agricultores y asimilaron la cultura arcaica o la nahua. Las migraciones de los olmecas desde el este del país hacia Puebla, Morelos, Tlaxcala e Hidalgo dieron lugar a la civilización tolteca o teotihuacana (*sic*). Otros grupos olmecas ocuparon las áreas mixteca, zapoteca y maya imponiéndose sobre los arcaicos. Estos nuevos estados teocráticos se caracterizaron por contar con autoridad centralizada, urbanismo, instituciones religiosas, militares y administrativas, división compleja del trabajo, desigualdad en el reparto del producto social, calendario y religión politeísta. Mendizábal juzga que las diferencias sociales de aquella época fueron el origen de profundas conmociones. Los miserables (que atribuían el beneficio de las clases privilegiadas al gobierno del dios Quetzalcóatl) se aliaron a los grupos nahuas y a las hordas chichimecas para derrocarlo y destruir Teotihuacan. Más tarde, los restos de la cultura teotihuacana fueron rescatados por los nahuas, quienes sufrieron —a su vez— el yugo de los chichimecas. Así se estableció, antes de la llegada de los españoles, una superestructura de linaje chichimeca que conquistó grandes territorios (*ibidem*: 137-139).

A propósito del proceso general de desarrollo mesoamericano Mendizábal (*ibidem*: 47) señala:

Cruel trayectoria de la evolución cultural, fundada en la violencia, la desigualdad y la injusticia, que la humanidad ha recorrido, desde la prehistoria hasta la implacable acción del capitalismo imperialista, y que sólo podrá ser modificada en

el futuro, por una organización de la vida que permita realizar el progreso material, intelectual e incluso moral, sin castas irredentes y sin clases explotadas!

2) Segunda etapa: la influencia de Childe

A principios de la década de los años cuarenta los primeros resultados de la inmigración española producto de la Guerra Civil ya se evidencian en la cultura de nuestro país. Con la llegada al campo de la arqueología de investigadores de la talla de Pedro Bosch Gimpera y de brillantes alumnos como Pedro Armillas y José Luis Lorenzo, se trastoca totalmente la concepción acerca del estudio de las sociedades precortesianas.

Es Armillas quien introduce la obra de Childe en la arqueología mexicana. A partir de sus lecturas, Armillas llega a la conclusión de que la periodización debería elaborarse sobre un criterio económico —a diferencia del entonces habitual criterio estilístico—, dando énfasis al análisis del proceso productivo (*vid* Durand 1987:131-133).

En general podríamos considerar que Armillas, como arqueólogo, presenta en esos momentos una posición de avanzada en la que hay asomos de materialismo histórico dada su formación política; pero que no está exento de un enfoque ecologista (Matos 1979a:18).

En 1951, Armillas elabora una división homotaxial sincrónica del desarrollo de las sociedades nucleares de Mesoamérica. Toma en cuenta las transformaciones tecnológica, económica, social, política y religiosa en zonas focales privilegiadas ambientalmente. Los términos utilizados en su periodización reflejan la influencia de los arqueólogos norteamericanos quienes concebían que todas las civilizaciones observaban procesos de desarrollo, florecimiento y decadencia (*vid* Olivé 1958:56-57). Las etapas acuñadas por Armillas son, la *formativa*, la *clásica* y la *histórica*.¹ La etapa formativa se caracteriza por la subsistencia basada en la agricultura. Entonces se desarrolla el patrón tecnológico básico que perdura-

¹ Tres años antes Armillas (1948) denominaba a estas tres etapas *formativa*, *floriente* y *militarista*.

rá en las dos etapas siguientes. Aparece la división social en estamentos y las ideas religiosas se manifiestan con un marcado culto a la fertilidad. En la etapa *clásica* la sociedad se transforma radicalmente gracias a la introducción de sistemas de agricultura permanente. En ese entonces prolifera el comercio de materias primas destinadas a la producción de bienes suntuarios. El patrón de asentamiento se caracteriza por la presencia de aldeas dispersas ubicadas en torno a centros ceremoniales con función religiosa. Teotihuacan, centro de carácter urbano, es la excepción. Gran parte de las energías de la sociedad se destinaban a la construcción de grandes pirámides escalonadas y al servicio de los dioses, debido a que la religión era la principal fuerza integradora. La estratificación y la presencia de una clase sacerdotal se refleja en las costumbres funerarias. Otros rasgos de esta segunda etapa son el culto a dioses del agua y la vegetación, la escritura jeroglífica y el calendario. La tercera etapa, la *histórica*, se determina por el uso alternado de sistemas de roza y de regadío, por la incorporación de hojas de cobre a las faenas del campo y por el incremento de obras hidráulicas. La población tiende a concentrarse en núcleos urbanos donde existe una división social en cuatro clases: los nobles, los plebeyos, los *mayerques* y los esclavos. La organización política está ahora centralizada en manos de militares que dirigen verdaderas ciudades-Estado. En consecuencia, los dioses patronos son guerreros (Armillas 1985:28-40).

En 1957, al colaborar en el Programa de Historia de América del IPGH, Armillas plantea el problema que representa el establecimiento de períodos generales para la totalidad del continente, primero por las grandes diferencias en el desarrollo de las culturas americanas y segundo por la falta de información acerca de los cambios culturales en amplias zonas. En esta ocasión presenta un criterio de parcelación temporal distinto: las revoluciones culturales ocurridas en sólo ciertas áreas del continente, revoluciones que generaron procesos de transculturación en toda América. En particular, concibe que las sociedades mesoamericanas y andinas del año 500 a.C al 1500 d.C no sufrieron un cambio sustancial en su economía sino tan sólo un crecimiento cuantitativo, crisis y regresiones.

Armillas considera en este esquema que en América hubieron revoluciones culturales paralelas a las del Viejo Mundo. La primera revolución fue la *neolítica* que se caracterizó por la invención

de la agricultura, la domesticación de animales y el uso de implementos de piedra pulimentada. Dicha revolución acaeció alrededor del año 3000 a.C. La segunda revolución, la *urbana*, supone al igual que la primera cambios económicos, sociales, políticos e intelectuales. Con ella se da inicio a las prácticas agrícolas intensivas y a la especialización de tiempo completo. A juzgar por Armillas, las sociedades producto de la revolución urbana producían un gran excedente agrícola, contaban con mercado, clases sociales, dinero, comercio exterior, gobierno político, guerra organizada, religión teísta, sistema judicial, escritura, matemáticas, calendario y centros urbanos (Armillas 1957:23-61; 1963:14-21).

En este modelo Armillas (1957:18; 1963:XXXIX-XLVII) establece cinco grandes etapas del desarrollo americano:

- 25000 a.C. Etapa preagrícola. Cazadores-recolectores
- 3000 a.C. Etapa protoagrícola. Cultivadores aldeanos
- 500 a.C. Etapa de civilización. Grandes culturas
- 1500 d.C. Etapa colonial. Colonia europea
- 1850 d.C. Etapa nacional. Independencia nacional

Al final de la década de los cincuenta la insatisfacción con el enfoque tradicional de la arqueología mexicana no sólo se evidencia en la obra de Armillas, sino también en la de otros arqueólogos que intentaban proponer perspectivas materialistas. Aquí no podemos soslayar las aportaciones de Julio César Olivé quien, al igual que sus contemporáneos, demuestra en su obra una marcada influencia de Childe. Para Olivé la arqueología es una ciencia que busca regularidades. Por ende, se centra en la búsqueda de hechos y datos que tengan valor comparativo, de restos materiales que revelen el modo de producción (Olivé 1958:13-34).

Según este especialista, la taxonomía es la teoría de las clasificaciones que nos permite llegar a un entendimiento social y funcional de las culturas (*ibid*:45-46). En su propuesta de periodización de la historia prehispánica de México, Olivé conjunta los esquemas de Morgan y Childe, dinamizando el análisis del proceso mesoamericano con base en la alternancia de etapas evolutivas y etapas revolucionarias. Por un lado, utiliza la división morganiana del progreso del conocimiento humano, la cual se basa en dos líneas de investigación: a) invenciones y descubrimientos, y b) instituciones. Así, tenemos como resultado tres "pe-

riodos étnicos": el *salvajismo*, la *barbarie* y la *civilización*. Cada uno comprende modos de vida distintos por la ampliación lograda en el control de las fuentes de subsistencia y por el nivel evolutivo de la organización social. El cuadro de Olivé retiene del esquema de Morgan las características esenciales como elementos definitorios. Por lo tanto, para el salvajismo y la barbarie, los inventos y los descubrimientos (la caza y la recolección, en el primero, y el cultivo y la alfarería, en el segundo) juegan el papel principal.

Por otro lado, Olivé sigue la aportación de Childe referente a la definición de la evolución social a partir de las bases técnicas. El criterio que le permite dividir los procesos históricos es el de *revolución (neolítica y urbana)*. De acuerdo con Olivé, las adiciones de Childe suministran flexibilidad dialéctica al esquema de Morgan sin destruirlo, ya que permiten distinguir los cambios de etapas a escala mundial (Olivé 1958:62-66). El resultado es el siguiente cuadro

Salvajismo
caza-recolección
cazadores

Barbarie
agricultura autosuficiente
Zacatenco y Copilco

Civilización
excedentes e intercambio
Teocrática: Teotihuacan
Militarista: Tolteca y nahua

Revolución
Neolítica o agrícola
no hay evidencia

Urbana
clases
Ticomán y Cuicuilco

Al respecto de la periodización de Olivé, Matos (1982:122) comenta lo siguiente:

Pensamos que este planteamiento es correcto. Sin embargo, la terminología morganiana y su contenido original han sido

ya rebasados por el dato arqueológico y etnológico actual, por lo que es necesario, a juicio nuestro, tratar de encontrar un esquema a partir de los nuevos datos que nos permita comprender mejor el proceso de desarrollo del área en cuestión.

Para el año de 1985, Olivé modifica ligeramente su periodización, distinguiendo las siguientes formaciones sociales:

Comunidad primitiva de cazadores recolectores

Revolución neolítica

Comunidad agraria primitiva o secundaria

Revolución urbana

Formaciones sociales estatales "teocráticas"

Formaciones sociales estatales "militaristas"

En esta propuesta, las últimas dos formaciones sociales ("militarista" y "teocrática") se diferencian entre sí no sólo en lo que toca a su organización política, sino también cuentan con diferentes modos de producción aún no determinados (1986a:38). Olivé les llama "teocráticas" y "militaristas" porque desconoce la particularidad de sus relaciones de producción y distribución (1985:92).

3) Tercera etapa: la influencia del '68

En esta etapa se constituyeron en la Escuela Nacional de Antropología e Historia los primeros grupos de estudio de los clásicos del marxismo. Estos grupos conjuntaban en su mayoría a antropólogos sociales y en menor medida a arqueólogos. El interés por el marxismo ya no se derivaba de inquietudes meramente intelectuales, sino que también se vislumbraba como un instrumento indispensable de militancia política. Uno de los antropólogos más involucrados en los grupos de estudio era Roger Bartra, quien desde temprana edad produjo textos de gran impacto en el círculo académico de la arqueología. Su libro *La tipología y la periodificación en el método arqueológico*, se volvió obra de consulta obligada (Gándara *et al.* 1985:10). Además, Bartra publicó en esa época una serie de investigaciones sobre el Modo de Producción Asiático que lograron poner en la mesa de las discusiones el estudio de las llamadas sociedades hidráulicas. Bartra sostenía que la sociedad mexicana tuvo un modo de producción

similar al asiático, idea ésta que coincidió parcialmente con los planteamientos de Angel Palerm (Matos 1979a:18). Como señala Olivé, esta hipótesis se erigió durante algún tiempo en dogma explicativo de las sociedades prehispánicas mesoamericanas (1985:83).

Eduardo Matos es el primer arqueólogo de esta etapa que hace un intento explícito de aplicar los avances de la teoría marxista a la información empírica de Mesoamérica. Matos ha publicado dos propuestas de periodización, siempre poniendo énfasis en el estudio de la totalidad social. En 1979 sugiere la existencia de dos grandes periodos para el Centro de México. El primero comprende todas las *sociedades aldeanas igualitarias*, en tanto que el segundo agrupa a las *sociedades clasistas* con organización estatal. Fija la transición entre ambos con la aparición de la sociedad olmeca en el Preclásico medio-superior. Matos (1976:97) apunta que a partir de entonces

...poco a poco se irán conformando el nuevo modo de producción dominante, el cual se concibe no de manera estática, sino que pasará por diferentes fases internas de desarrollo, hasta llegar al momento de la formación mexicana, en donde, o bien estaríamos en una fase superior del modo de producción dominante, o bien en lo que podría considerarse como la transición a otro modo de producción.

A juicio de este investigador, el cambio que se registra en el Postclásico —que para autores como Olivé marca una transformación radical en el modo de producción— es de carácter meramente superestructural. Dicha transformación, registrada en el 1000 d.C., se limitará a la imposición del gobierno militar sobre el teocrático y a un cambio de estilos artísticos (1979b:93-99). Igualmente Matos se opone a las concepciones que subrayan la inexistencia de instrumentos de coerción durante el llamado Clásico (la famosa "pax teotihuacana") y la ausencia de conflictos bélicos entre diversas comunidades.

El período de *sociedades clasistas* se caracteriza por el bajo nivel de las fuerzas productivas en las que tiene mayor importancia el trabajo humano que los medios de producción: los instrumentos de trabajo permanecen prácticamente inalterados con respecto al período anterior. La tecnología agrícola es ahora intensiva gracias a la presencia de sistemas de regadío; los productos elabora-

dos son hechos por especialistas y la población se incrementa notablemente. Se construyen grandes obras comunales y surge el clasismo. Además, aparecen instituciones como el tributo (interno y externo) y el intercambio comercial a larga distancia. La superestructura de las sociedades clasistas está sustentada por un aparato de índole ideológico-represiva. Dicha concepción puede resumirse en el siguiente cuadro:

4000 a.C. Modo de Producción Aldeano sociedades igualitarias del Preclásico

1000 a.C. Modo de Producción Asiático o tributario sociedades clasistas con teocracia

700 d.C. Cambio superestructural: militarismo

Años después, Matos (1982:174) enriquece su propuesta inicial. El resultado es una periodización que comprende ya no dos sino tres etapas y que elimina el uso del concepto modo de producción:

50000 a.C. Etapa de sociedades cazadoras-recolectoras igualitarias. Desde la llegada del hombre al continente.

4000 a.C. Sociedades agrícolas igualitarias. Desde las comunidades aldeanas.

1000 a.C. Sociedades agrícolas estatales. Desde la sociedad olmeca.

4) Cuarta etapa: los últimos años

Según Gándara, López y Rodríguez, la matanza del 10 de junio de 1971 mantiene la organización democrática de la ENAH generada tras el movimiento del '68. En este ámbito el marxismo adquiere una dimensión política estable y recobra su carácter académico. La influencia marxista sudamericana se manifiesta con la llegada de los arqueólogos chilenos Montané y Bate, así como con la divulgación de la obra del peruano Lumbreras. A partir de 1978, el marxismo se populariza entre los arqueólogos mexicanos y se vuelve la posición teórica dominante de la ENAH (*vid* Gándara *et al.* 1985:11).

Uno de los intentos más recientes y más acabados de periodización de la historia prehispánica desde la perspectiva marxista es el de Enrique Nalda (1981). Este investigador plantea que las periodizaciones deben realizarse a partir del análisis global de las estructuras socioeconómicas, es decir, de totalidades. Para Nalda (1981: 59-60) las sociedades deben estudiarse tomando en cuenta todas sus instancias y

...por referencia a la forma en que estas instancias son modificadas por la acción de una sobre las otras y, a partir del momento en que se presenta la explotación de la fuerza de trabajo, como consecuencia del enfrentamiento de intereses antagónicos.

En su periodización divide en dos a la historia mesoamericana. Nalda llama al primer periodo *comunidad primitiva* y comprende desde la aparición del hombre en el territorio mexicano hasta la conformación de las primeras sociedades clasistas. Al segundo lo denomina *transición a formaciones estatales*, el cual finaliza con la conquista española. De acuerdo con Olivé (1985: 91), subyacen en la división de Nalda algunas ideas fundamentales de los *Grundrisse* de 1857-1858 de Marx.

La *comunidad primitiva* se caracteriza por la presencia —en términos generales— de una economía de autosuficiencia y autosubsistencia apoyada en la familia, unidad mínima de producción y consumo. Existe aquí una relación directa entre el individuo y el objeto de trabajo. La división social del trabajo se basa fundamentalmente en criterios de sexo y edad, y las funciones especializadas pueden ser desempeñadas casi por cualquier individuo. En lo que toca a las relaciones sociales de producción encontramos que está presente un relativo igualitarismo en el acceso al producto social. El rango se obtiene por consenso y es de carácter temporal (1981: 57-59). Se propone que con la aparición de la agricultura no se alteran la tecnología, las formas de cooperación y el tamaño y estructura poblacionales, por lo que el modo de producción no se transforma (*ibidem*:78-81).

La fecha que separa ambos períodos es aproximadamente el año 1000 a.C. Nalda argumenta que los indicadores de este cambio son de dos tipos: a) las obras hidráulicas en Tehuacán —y probablemente en Teotihuacán— que denotan el momento de la primera aparición de agricultura de riego con un cierto grado de

formalización, suficiente para predecir un cambio en forma de cooperación, de desarrollo de fuerzas productivas y de forma de gobierno, y b) las representaciones iconográficas olmecas que manifiestan cierta estratificación social (*ibidem*:59).

El segundo periodo, *de transición a formaciones estatales*, se caracteriza fundamentalmente porque el acceso al producto social está determinado por la posición del individuo dentro de un determinado grupo corporado. En estas formaciones la cooperación del trabajo es más extensa y se observa una división compleja de las tareas productivas. La familia pierde su carácter de unidad mínima de producción ya que la sociedad rebasa la autosuficiencia y la autosubsistencia. La explotación reviste la forma de tributo en trabajo y en especie. El poder se concentra en unas cuantas personas que heredan su rango de generación en generación. Aparece el gobierno estatal aunque con resabios de organizaciones igualitarias. No existe la propiedad privada de los medios de producción en forma generalizada (*ibidem*:59). Según Nalda, hacia el año 650 d.C en Teotihuacan y 800 d.C en el área maya, se registra un proceso de "reajuste". En ese momento se sufre una gran desestabilización de las formaciones económico-sociales y el consecuente incremento del aparato militar (*ibidem*:120). El esquema expuesto en 1981 se puede resumir de la siguiente manera:

Comunidad primitiva

Economía de apropiación directa

Recolección y caza inicial 30000 a.C. aparición del hombre
Recolección y caza intermedia 12000 a.C. cambio de la importancia relativa de la caza
Recolección y caza final 7000 a.C. cambio climático

Economía mixta

Agricultura incipiente 5000 a.C. primeros cultígenos

Transición a formaciones estatales

Primeras sociedades estratificadas 1000 a.C. olmecas, teotihuacanos y mayas
Reajuste mesoamericano. Desde 650-800 d.C.
toltecas y mexicas

Matos se encuentra entre los principales críticos de la periodización de Nalda. Por una parte sostiene que el término transi-

ción "ha perdido actualidad en los estudios marxistas" y, por la otra, estima insuficiente la división de la historia prehispánica en sólo dos periodos (*vid* Matos 1982: 173). Olivé (1985:92) parece coincidir parcialmente con Matos en el siguiente comentario:

Ante los hechos, me parece demasiado simple considerar en el mismo período transicional todo el período de evolución y cambio que va desde la formación del Estado, primero en el sur y luego en el centro de México, hasta la formación social azteca del siglo XVI. De todas las investigaciones que he mencionado se desprende la necesidad de establecer, cuando menos, una gran línea de separación entre las sociedades a las que todos reconocemos carácter teocrático y aquellas en las que se advierte, la preeminencia de los grupos militares, lo cual no significa, como el mismo Nalda lo advierte que el militarismo no hubiera estado presente desde los orígenes de las formaciones políticas y que el sacerdocio no se hubiese mantenido asociado al poder, hasta los últimos momentos.

Finalmente haré mención de la periodización que elaboraron Felipe Bate, Lenin Ortiz y Eduardo Matos para la elaboración del *Atlas Histórico de América*. La norma fundamental que siguieron para elegir los criterios de clasificación supone que éstos deben ser explicativos del desarrollo histórico. Por ende, tales criterios son: a) de índole socioeconómica, b) cultural y c) compatibles entre sí. En tanto que el primer grupo de criterios son aplicables a todo el continente, los culturales posibilitan analizar desarrollos particulares (Matos 1982:168-169). El resultado final consistió en dos grandes períodos de la historia americana (comunidades primitivas y sociedades clasistas).

Comunidades primitivas. Producción destinada a la subsistencia. No hay clases.

Cazadores-recolectores. Apropiación de alimentos y división doméstica del trabajo.

Comunidades tribal-agropecuarias. Producción de alimentos; especialización parcial o completa de tipo artesanal, y organización tribal para asegurar la propiedad colectiva de los medios naturales de producción.

Sociedades clasistas. Producción sistemática de excedentes económicos. Apropiación diferencial de la producción. Clase dirigente que realiza el

trabajo intelectual. Clase productora que genera bienes para su subsistencia al igual que excedente. Aparición del Estado.

Período de la formación del Estado. La exacción de excedentes se apoya en una dominación político-ideológica. Disgregación social por tensiones estructurales.

Período de consolidación estatal. Organización y expansión basada en una estructura militar que asegura conquista y tributación. Crecimiento económico (*ibidem*:169).

Una variación de este esquema es la que Felipe Bate divulgó verbalmente en la Reunión de Oaxtepec en 1986:

30000	a.C Modo de producción cazador-recolector
4000	a.C Modo de producción tribal-agropecuario
1000	a.C Modo de producción clasista inicial
	Formación del estado
700	d.C Consolidación del estado

Comentarios finales

Como hemos podido observar, paulatinamente las periodizaciones marxistas de la historia mesoamericana han tendido a perfeccionarse con el fin de comprender una realidad que se torna compleja dado el enorme cúmulo de información heterogénea con que contamos.

Como el lector pudo percatarse, existen grandes analogías entre las periodizaciones estudiadas. Por ejemplo, resulta interesante que ninguna de ellas se apegue a la secuencia de modos de producción propuesta por Marx, dada su inaplicabilidad en Mesoamérica.

Sin embargo, también encontramos algunas discrepancias dignas de mención. A excepción de Matos en su periodización inicial (1979), de Nalda (1981) y de Bate, Ortiz y Matos (1981), los demás autores coinciden en hacer un primer gran corte entre los años 5000 y 3000 a.C. En ese lapso acaece la revolución neolítica que, según la mayoría de las propuestas, divide un período con modo de producción "cazador-recolector" de otro "agrícola igualitario", si es que hay que llamarlos de alguna manera. Existe un consenso generalizado con respecto a que el segundo momen-

to de transición se registra con el florecimiento de la sociedad olmeca (1000-500 a.C.), momento en el que emerge un modo de producción "clasista". Por último, a partir de 650-800 d.C. se manifiesta un cambio que, de acuerdo con Matos, Nalda y Bate, incide únicamente en la superestructura social. Tan sólo Olivé (1985) se ha pronunciado en los últimos años por lo que considera un modo de producción "militarista".

En consecuencia, observamos que el primer esquema de Matos (1979), el de Nalda (1981) y el de Bate, Ortiz y Matos (1981) parcelan la historia mesoamericana en dos grandes períodos; los de Mendizábal (1946), Armillas (1963), Olivé (1958), Matos (1982) y Bate (1986), en tres períodos, y el de Olivé (1985), en cuatro.

Finalmente, es fácil vislumbrar un cambio sustancial de perspectivas tras el simposio sobre *Origen y Formación del Estado* que organizó el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM en 1983. Con motivo de esa reunión un nutrido número de ponentes se pronunció por la revisión crítica de muchos de los modelos marxistas que por años se habían aplicado de manera dogmática. Olivé (1986b: 196) en los comentarios a ese simposio nos dice:

Al tratarse la tipología y la secuencia de los diferentes modos de producción que han existido, preponderó la orientación de desechar el valor instrumental del modo de producción asiático, cuya existencia conceptual fue negada por varios ponentes, mientras que otros, sin llegar a este extremo, coincidieron en que el empleo del concepto, por su ambigüedad, propicia confusiones y no ha resultado provechoso en las investigaciones de la arqueología mesoamericana, en la que se ha empleado abusivamente durante los últimos años.

Se mencionó la necesidad de profundizar la trascendencia de los cambios sociales y económicos a lo largo de toda la historia de Mesoamérica, en lugar de ver a esta superárea en bloque, ignorando su evolución, cuestión arqueológica que se presente en general en todas las civilizaciones antiguas, en las que deben distinguirse las formaciones sociales primarias y las secundarias.

REFERENCIAS

- ARMILLAS, Pedro
1948 "A Sequence of Cultural Development in Mesoamerica", en *A Reappraisal of Peruvian Archaeology*: 105-111, W.C. Bennett (ed.), Society for American Archaeology, Menasha.
- 1967 *Cronología y periodificación de la historia de América Precolombina*, Suplemento de la revista *Tlatoani*, Sociedad de alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 61 p.
- 1963 *Programa de historia de América. Período indígena*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 178 p.
- 1985 "Tecnología, formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica", en *Mesoamérica y el Centro de México*, 25-40 J. Monjarás-Ruiz et al. (recop.), INAH, México.
- BARTRA, Roger
1964 *La tipología y la periodificación en el método arqueológico*, Suplemento de la revista *Tlatoani*, no. 5, Sociedad de alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 48 p.
- DURAND, Jorge
1987 "Por una antropología pedestre. Entrevista a Pedro Armillas", en *La aventura intelectual de Pedro Armillas. Visión antropológica de la historia de América*: 109-152, J.L. de Rojas (ed.), El Colegio de Michoacán, Guadalajara.
- GÁNDARA, Manuel, Fernando López e Ignacio Rodríguez
1985 "Arqueología y marxismo en México", en *Boletín de Antropología Americana*, v. 11:5-18, julio.
- MATOS, Eduardo
1979a "Las corrientes arqueológicas en México", en *Nueva Antropología*, v. 12:7-26, diciembre.
- 1979b "Notas sobre el proceso de desarrollo en el Centro de México", en *Nueva Antropología*, v. 12:93-110, diciembre.

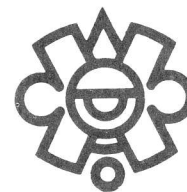
- 1982 "El proceso de desarrollo en Mesoamérica", en *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*: 161-176, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- MENDIZÁBAL, Miguel Othón de
1946 *Obras completas*, v. III, Talleres gráficos de la Nación, México.
- NALDA, Enrique
1982 "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", en *México, un pueblo en la historia*, v. 1:45-165, E. Semo (coord.), Universidad Autónoma de Puebla/Editorial Nueva Imagen, México.
- OLIVÉ, Julio César
1958 *Estructura y dinámica de Mesoamérica. Ensayo sobre sus problemas conceptuales, integrativos y evolutivos*, *Acta Antropológica*, época 2, v. 1, no. 3, Sociedad de alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 154 p.
- 1985 "Estado, formación socioeconómica y periodificación de Mesoamérica", en *Mesoamérica y el Centro de México*: 81-114, J. Monjarás-Ruiz et al. (recop.), INAH, México.
- 1986a "El concepto de modo de producción asiático y las formaciones políticas en Mesoamérica", en *Origen y formación del Estado en Mesoamérica*: 33-39, A. Medina et al. (eds.), UNAM, México.
- 1986b "Reflexiones sobre el simposio Origen y formación del Estado en Mesoamérica", en *Origen y formación del Estado en Mesoamérica*: 195-197, A. Medina et al. (eds.), UNAM, México.

Homenaje a Julio César Olivé Negrete

Comisión Organizadora

Beatriz Barba
Agripina García
Angelina Macías
Perla Valle

Amalia Cardós
Celia Islas
Emma Pérez-Rocha



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLOGICAS
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA
COLEGIO MEXICANO DE ANTROPÓLOGOS
MEXICO 1991